

ENZO BIANCHI

**HOY SE CUMPLE PARA  
VOSOTROS LA ESCRITURA**

COMENTARIO A LOS EVANGELIOS  
DOMINICALES DEL CICLO C

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2009

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo Luis Rubio Morán sobre el original italiano

*Oggi si compie per voi la scrittura. Il vangelo festivo. Domeniche, Solennità del Signore, Proprio dei santi. Anno C*

© Edizioni San Paolo s.r.l., Cinisello Balsamo (Milano) 2009

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2009

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

[ediciones@sigueme.es](mailto:ediciones@sigueme.es)

[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-1720-8

Depósito legal: S. 1226-2009

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2009

# CONTENIDO

*Introducción, 9*

TIEMPO DE ADVIENTO, 11

NAVIDAD  
Y TIEMPO DE NAVIDAD, 25

TIEMPO DE CUARESMA, 45

PASCUA  
Y TIEMPO DE PASCUA, 65

TIEMPO ORDINARIO, 91

SOLEMNIDADES DEL SEÑOR  
EN EL TIEMPO ORDINARIO, 193

SOLEMNIDADES Y FIESTAS  
DE LOS SANTOS, 201

*Índice general, 219*

## INTRODUCCIÓN

«Hoy se ha cumplido para vosotros esta Escritura» (Lc 4, 21). Esta concisa homilía pronunciada por Jesús un sábado en la sinagoga de Nazaret al inicio de su ministerio público es el modelo de cualquier comentario a los textos bíblicos proclamados en la liturgia. Pues la Palabra contenida en la Escritura se dirige siempre en el «hoy» a un «vosotros» concreto, el de la asamblea convocada por el Señor en un tiempo y un lugar determinados: en ella y para ella se cumplen las Escrituras.

La función del que predica la Palabra es, por tanto, simple y al mismo tiempo bastante exigente: conseguir que aquellos a quienes se dirige descubran el cumplimiento de la Escritura en su hoy personal y comunitario. En este ministerio de «siervos de la Palabra» (Lc 1, 2) no hay nada que inventar ni tampoco se necesitan dotes particulares: se trata simplemente de interpretar las Escrituras con las mismas Escrituras, de escuchar y orar con perseverancia la Palabra antes de anunciarla y, sobre todo, de ser cada vez más asiduos a la vida del Señor Jesucristo narrada en los evangelios.

En efecto, esta vida que es el Evangelio constituye el verdadero cumplimiento de las Escrituras. El Señor Resucitado se lo manifestó con claridad a sus discípulos en el camino de Emaús, en esa página extraordinaria que es no sólo una especie de compendio del evangelio de san Lucas, sino una apertura de horizontes hacia el tiempo de la Iglesia: «Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de

él las Escrituras» (Lc 24, 27). Poco después les recordará a los Once: «Cuando aún estaba entre vosotros ya os decía que era necesario que se cumpliera todo lo escrito sobre mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos» (Lc 24, 44). Sí, las Escrituras conducen a Cristo y Cristo las ilumina con una luz nueva porque es su intérprete definitivo; ellas tienen su centro en el cumplimiento pascual, en la pasión, muerte y resurrección de Jesús, culmen de su existencia gastada libremente por amor.

Más aún, las Escrituras transmiten la vida de Jesús, no nuestras pobres palabras humanas que con tanta frecuencia corren el riesgo de obstaculizar el contacto de nuestros hermanos y hermanas con el Evangelio. Con todo, esta vida únicamente puede ser comprendida en plenitud «según las Escrituras» (1 Cor 15, 3-4), como confesamos todos los domingos al proclamar juntos el Credo. Dicho desde otra perspectiva, Jesús no puede ser reducido al fruto de nuestros deseos y proyecciones, a un ídolo seductor obra de nuestras manos; al contrario, él es quien se nos revela dentro de una comunión eclesial, en la cual la fe que acogemos es conforme a las Escrituras. Se trata de Jesús el Cristo según las Escrituras. Lo había entendido bien san Ambrosio al escribir con pleno acierto: «El cuerpo del Hijo es la Escritura que se nos ha transmitido».

# TIEMPO DE ADVIENTO

# I DOMINGO DE ADVIENTO

## LA LIBERACIÓN ESTÁ PRÓXIMA

Jeremías 33, 14-16

1 Tesalonicenses 3, 12-4, 2

Lucas 21, 25-28.34-36

Comienza el tiempo de Adviento, el tiempo de la venida del Señor Jesucristo. En nuestra profesión de fe confesamos que el Hijo de Dios se hizo hombre, fue crucificado, muerto y sepultado, y «vendrá con gloria para juzgar a vivos y a muertos»: esta venida gloriosa de Jesucristo es parte integrante del misterio cristiano, porque hay un «Día», ya anunciado por los profetas (cf. Jl 1, 15; 2, 1.11, etc.) y después mencionado varias veces por el mismo Jesús a sus discípulos (cf. Lc 10, 12; 17, 24, etc.), en que el Señor establecerá plenamente su presencia en la historia de la humanidad. Ese día tendrá lugar el juicio de los vivos y de los muertos, de modo que sean restablecidas definitivamente la justicia y la verdad, y se realice así el designio de Dios y se dé testimonio de aquellos que en el mundo sufrieron aflicción y esperaron con confianza la epifanía del Señor. Adviento, por tanto, es un tiempo de espera y de esperanza gozosas, un tiempo en el que resuena el grito de la Iglesia, la Esposa, que movida por el Espíritu invoca: «¡Ven, Señor Jesús! ¡*Marana tha!*!» (cf. Ap 22, 17; 1 Cor 16, 22), y escucha la respuesta segura: «¡Sí, vengo enseguida!».

El pasaje del evangelio de Lucas –el evangelio que escucharemos a lo largo de todo este año litúrgico que comienza– con el que se abre el Adviento es aquel en que Jesús proclama su venida inminente como Hijo del hombre. Esta manifestación del Señor es presentada como un drama que comprometerá las existencias humanas y señalará el final de la historia: habrá en la naturaleza señales que indicarán un final y un nuevo comienzo; se producirán situaciones de una gran crisis entre los hombres, los cuales se encontrarán frente al juicio, frente a la revelación de su comportamiento, de sus acciones justas o injustas hacia sus hermanos...

Entonces «verán al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y gloria» (cf. Dn 7, 13-14), y esto constituirá en realidad un «feliz acontecimiento» para los discípulos fieles a su Señor. Pues serán invitados a contemplar el advenimiento de aquel día, serán llamados a alzar la cabeza con orgullo y firmeza porque verán el cumplimiento de la promesa del Señor y la liberación de todo el mal que han sufrido a lo largo de la historia. Por tanto, estas palabras de Jesús no deben suscitar una reacción de espanto, sino que han de ser acogidas como un anuncio de aquello que puede dar sentido a la vida de los hombres heridos y oprimidos: la justicia tendrá la última palabra y las víctimas de la historia conocerán finalmente la felicidad...

Frente a este acontecimiento que, aunque parezca tardar, llegará con certeza (cf. Heb 10, 37; 2 Pe 3, 8-10), los cristianos son invitados a velar, a permanecer atentos, para no quedar embobados, extraviados, zarandeados por falsas preocupaciones. Deben luchar para que su corazón no se embote, es decir, para que no se torne insensible o sea víctima del vértigo, ese atolondramiento que impide vivir una existencia consciente. Al presentar estos riesgos Jesús nos indica también las armas con las que podemos hacerles frente: «Velad, pues, y orad en todo tiempo». Vigilancia y oración, en efecto, ponen ya hoy al cre-



yente en la presencia del Señor y, por consiguiente, lo preparan para «comparecer ante el Hijo del hombre» y encontrarse con él el día del juicio.

El Adviento es, pues, un tiempo fuerte en la vida de toda la Iglesia, durante el cual los cristianos se comprometen en la espera del Señor, se ejercitan en la contemplación de las realidades invisibles (cf. Heb 11, 27) y se responsabilizan de la historia, aquí y ahora, unidos a todos los hombres, sabiendo que habrá un juicio terrible y misericordioso sobre todo su obrar. Por tanto, preguntémonos honestamente durante estas semanas de Adviento: Nosotros, cristianos, ¿esperamos al Señor, sí o no? ¿Deseamos verdaderamente encontrarlo? De la respuesta a estos interrogantes nace un comportamiento cotidiano capaz de dar razón de la esperanza que nos habita.